

Juan de Armaza

Pensamientos

ERA una sola mancha coloreada, a ras del prado verde; una de esas devotas alfombras que nuestras abuelas llevaban a su misa. El aire de primavera aleteaba en la mañana luminosa.

Me encaminé hacia el prado, y aquella tela fué desmembrándose en pequeños fragmentos morados, azules o amarillos, deshojados al parecer sobre la sábana verde.

Me incliné sobre ellos, y—Gulliver en el país de Liliput—se presentó a mis pies un gentío incontable que reclamaba piedad. Eran seres deformes, grandes cabezas sobre cuerpos raquíticos, caras y caras vueltas hacia mí, que un momento me parecieron cubrir el horizonte.

Ni un rumor, ni una queja, pero—morados, azules y amarillos—me miraban todos.

Me incliné sobre ellos, y como mi florero estaba vacío, con la sonriente fiereza del más fuerte fui degollando al pueblo abigarrado.

DEDALES DE ORO

E mandado a cosechar para ti todos los dedales de oro que se encuentren a lo largo de la vía.

En cuanto el sol cayó, salieron de carrera mis enviados a recoger los rojizos pedazos.

Y hoy como siempre han de volver con las manos vacías,

Todas las tardes corren al campo; muchas he partido yo mismo delante, y cuando llegamos, la noche ha escondido los pétalos candentes.

Si hoy vuelven sin ellos, iré de mañanita; empaparé mis manos de rocío, y antes que el sol nuevo entre por las ventanas, derramaré sobre tu lecho la cascada de fuego del último sol despedazado.

LOS TIUQUES

HAN regado el potrero, y están todos los tiuques de parlamento. Cada terrón que emerge es pedestal de un tiuque. Gravemente encogidos, se miran en el agua, como si meditasen. Algunos, de vigías, se apelonan sobre los postes de los cercos; otros pararon en las ancas de los bueyes. Ya en el aire no hay uno.

Y estaban todos en el aire; lo entrecruzaban de destemplado griterío: querían hacer la lluvia, como la hacen—chillando—en las tardes cerradas del invierno. Y al ver, entre islotes de pasto y de terrenos, el agua en el potrero, cayó en él la bandada. Allí encorvan el ceño para que no se les confunda con los casquivanos queltehues de las vegas.

Es taciturno el parlamento. Sólo una vez, de tarde en tarde, un tiuque ha partido a ensayar en la altura el vuelo de los jotes y de los aguiluchos que vió pasar muy lentos por el fondo azul del charco. Y el asombro al oírlo voltea hacia él todas las cabezas.

Darían su plumaje por ser tomados a lo serio.